CAPITULO XVI.

Tula y Leon.

—Querido Leon; decia Tula á su amante; por mas que se cansen los legisladores en hacer leyes todas á su capricho, á medida de su deseo y á su imágen y semejanza, es decir absurdas, frias como el polo norte y ráncias mas que Matusalen, no conseguirán imponérnoslas. Nosotras las mujeres cuando tenemos corazon y sentimos, lo que yo siento por tí hace dos años, las hollamos y nos hacemos una ley moral, la ley del corazon, la que no pueden ellos echar abajo con todos sus códigos y pragmáticas.

Indignada Tula y tronando contra los que hacian las leyes, tan injustas y tan faltas de sentido algunas, estaba bellísima.

El bizarro capitan de coraceros la miraba embelesado, absorto en muda contemplacion.

Se sonreia de vez en cuando y con un signo de cabeza lleno de intencion y de gracia la exhortaba á que continuase.

—Ley santa de la natualeza!... ley de la simpatía!...

ley magnética que enlazas los corazones, que fundes dos almas en una, quién te dá esa fuerza, quién?

De qué sirve esa ley social que une sin voluntad á dos séres que se detestan quizá, y cuando nó se son antipáticos, se son por lo menos indiferentes el uno al otro?

Y hay padres que tienen el poder de obligar á sus hijos á contraer esos lazos que causan su eterna desventura? Al dar la vida á sus hijos, les concede Dios el derecho de tiranizarlos?

Qué felicidad puede caber en estos matrimonios, vínculos de familia que atan el cuerpo y suelen desatar el alma?

Yo comprendo los matrimonios por amor; estos sí, los admito y no debieran hacerse otros; son los únicos que Dios recomienda, los que son la base de la armonía y de la paz universal.

—¿No es verdad, Leon mio? contéstame.

—De tal manera me encanta oir tus peregrinos discursos y tu voz que resuena en mi oido como armonía celeste, que no quisiera hablar por no perder ni un sonido, ni una nota melodiosa de tus palabras mágicas.

—Siempre galanterías!... signos de aprobacion es lo que yo quiero.....

—Para eso teníamos mucho qué discutir; déjame, pues, que me goce en contemplarte y en oirte.

Hace dos años que no te escuchaba, y, sin embargo, en el espacio de este largo plazo no te he podido olvidar; he sentido siempre la cadencia de tu voz musical resonando en mi corazon, así como he visto grabada tu imágen en mi alma.

—Lo propio me ha sucedido á mí esclamó Tula.

Que vengan, pues, los legisladores á descifrar estos misterios y que pongan por primer artículo en sus códigos la ley de amor, esa ley divina, ley de la naturaleza que debe estar sobre todas las leyes.

Tula se levantó; fué á una mesa, tomó su tablero y con un movimiento lleno de seductora coquetería presentó á Leon su retrato.

—Aquí tienes, dijo, uno de los milagros de esa ley.

—Mi retrato!... esclamó asombrado Leon.

—Tu retrato, sí; copiado de memoria, despues de dos años que no te veia y que te presento como regalo de boda.

—De boda!.. ¿pero es posible que tú pienses sériamente en ese sueño celestial?

Decia Leon sin dejar de admirar el correcto dibujo de aquella obra maestra y su asombroso parecido.

—Si mi dueño y señor no tiene inconveniente, mañana mismo puede un sacerdote sancionar nuestros votos, dijo Tula mirándole fijamente.

Pero Leon no la veia; de tal modo le preocupaba aquel dibujo; mas la oyó y maquinalmente contestó sin apartar los ojos del tablero:

—Eso es un delirio; hace unas cuantas horas, cuando yo no conocia tu posicion ni tu familia, cuando te creia pobre, hubiera dado la mitad de mi vida por esa inmensa felicidad; ahora, querida Tula, tiemblo.... Esta es para mí cuestion de honor.

—Bah! esclamó ella con enojo.

—Mi dignidad de hombre honrado y de caballero se resiente al pensar que pueda tu padre creer que yo he veni-

do con deliberada intencion á robarle clandestinamente su mejor tesoro.

¡Pero qué magnífico retrato!... seguia diciendo.

Tula añadió:

—Esas son otras leyes sociales, leyes estúpidas las del honor que llevan dos hombres á matarse por una fruslería... y bien, iba á decir una porcion de cosas; pero me callo... me has enfadado.

Leon clavó en ella los ojos, envolviéndola en una mirada profunda, magnética...

—Si eres tan escrupuloso, continuó ella, renuncia á verme... vete; no me mires mas... dame ese retrato, lo quemaré á la luz.

Y Tula como niña enojada queria arrancar el papel del tablero; pero Leon le defendia estrechándole contra su pecho como un objeto querido.

De pronto esclamó riendo.

—Ya cesó en sus peroraciones la moralista y ahora le toca el turno á la niña mimada...

Y Leon contemplaba con placer infinito el gesto de Tula y sus movimientos de impaciencia.

—Es que si tú tienes delicadeza, tambien yo tengo amor propio y me le resientes, esclamó con cierta seriedad Tula.

—Y por qué me has engañado, ocultándome durante dos años tu posicion y tu familia?...

—Por convencerme si me querias por mí ó por interés.

—Pues bien; esas curiosidades se pagan caras; yo amaba á Tula la huérfana, yo la amaré toda mi vida, yo la daré mi corazon y mi alma y seré su esclavo hasta la

muerte; pero no puedo casarme con la opulenta hija del marqués del Cinca sin el consentimiento de su padre.

—Oh! esto es para desesperarse!... esto no tiene nombre conocido!.... con que me rechazas?.... ¡Dios mio! ¡Dios mio!...

Y desesperada se retorcia sus lindas manos, mordia los encajes de su pañuelo y tiraba hasta deshacer los hermosos bucles de su cabellera que la caian por los hombros.

—Señorita!... esclamó Leon con cierta cómica gravedad; tenga V. la bondad de respetar esos rizos que no la han hecho ningun mal, y yo no la he dado permiso para maltratarlos.

—Sí; búrlate!... ríete de mi desesperacion; Ah! tengo una ira!... Haber yo declarado mis proyectos, haber descubierto mi corazon, para ser rechazada!... ¡ingrato!... en nada tiene mis palabras y mis planes.

—Los deshecho por imposibles!... contestó Leon.

—Porque no son tuyos, porque no lo has dispuesto tú; ya lo creo. Y bien: si no hay conformidad de pareceres retiro mi palabra; ahora soy yo la que me pongo grave... caballero!... Puesto que paga con agravios mi constancia y mi cariño, venga ese retrato y hemos concluido... todo se acabó entre nosotros.

Y Tula realmente impresionada pasó de la desesperacion al abatimiento y cubriéndose la cara con las manos empezó á llorar.

Al ver Leon las lágrimas en los ojos de su amada ya no fué dueño de contenerse.

Dejó el tablero en un estremo del divan y acercándose

á Tula la tomó las manos y esclamó con acento de la mas infinita ternura:

—Tula de mi alma!... no llores por Dios!... toma mi vida si quieres, soy tu esclavo!...

—Yo no puedo amar á un esclavo; á los esclavos se les desprecia y las mujeres como yo solo aman á los hombres que las dominan, por eso quiero consagrar mis delirios á mi esposo! á mi señor! á mi dueño!...

—Lo seré; pero pretendamos hacerlo por medios legales.

—Mi padre no consentirá jamás; y luego debo casarme con Jaime antes de ocho dias, está decidido y las decisiones de mi padre son inquebrantables; esto, es preciso evitarlo.

—Jaime y Rodrigo estarán mañana descubiertos, se los prenderá y quedan fuera de combate, y al marqués yo le convenceré. Un padre solo puede desear la felicidad de su hija... me dirá que no tengo riquezas; pero tengo mi espada y tengo valor para conquistarme una faja de general en los campos de batalla que poder ofrecer á tus piés.

Además pertenezco á una familia nobilísima tan rica y tan antigua como la tuya.

Ah!... yo estoy seguro que me escuchará, y no podrá rechazarme.

—Sí, te rechazará; créeme. No puede transigir con tus ideas políticas; tú defiendes á Isabel II, y él defiende á don Carlos; hay, pues, entre vosotros una barrera de ódio y dentro de pocos dias quizá la haya de sangre, porque la lucha va á comenzar y si os batís en los campos de batalla nuestra union será ya imposible.

—Yo le respetaré.

BIBLIOTECA REGIONAL JOAQUÍN LEGUINA Comunidad de Madrid

—Pero él no te respetará á tí.

—Y no habrá un medio de convencerle?

—Nó, nó; ¡ay! yo le necesito para convencerte á tí!...

De pronto dió un grito de alegría.

—Ah! gracias á Dios!... ya están aquí Isabel y Diego; ellos que le conocen, que te digan el carácter de mi padre.

Y Tula corrió al encuentro de su hermana, la abrazó con efusion haciéndola mil caricias y estrechó con espresivas muestras de afecto la mano de Diego. Luego fué á presentársele á Leon que le abrazó afectuosamente, inclinándose ante Isabel con respetuosa deferencia.

CAPITULO XVII.

Acuerdo.

—Juana, el té!... gritó Tula.

Luego dirigiéndose á Isabel y á Diego les dijo:

—Venid, venid, por favor y convencereis á Leon de una quimera ridícula, de una absurda cuestion de honor como él la llama y que nos hará desgraciados.

—Pero qué sorpresa!... querido amigo!.., encontrarte aquí!... y á esta hora y en la misma situacion que yo!... dijo Diego sentándose junto á Leon, mientras las dos hermanas hablaban en voz baja.

—Coincidencias de la vida!... repuso el capitan. Yo hace dos años que amo á Tula; pero me ha engañado y estábamos casi riñendo cuando habeis venido, si quimera puede llamarse á la pequeña disidencia de dos personas que se aman entrañablemente.

—Que te ha engañado!...

—Sí; porque me ocultó su posicion y su nombre y durante dos años, plazo que ella misma fijó para ser mi es-

posa, he estado creyéndola una huérfana pobre, sin fortuna y sin familia. Vengo ahora á reclamar el cumplimiento de su promesa y me la encuentro opulenta por ella misma y poderosa por sus padres.

—Ah! ese es un engaño tolerable, dijo Diego riéndose.

—Nó lo creas, nó; me ha enfadado. Yo no puedo transigir con sus deseos; ya ves, quiere que nos casemos mañana mismo, sin el consentimiento paterno.

—Ese no le esperes nunca!... aseguró Diego.

—¡Cómo! tambien lo crees tú así?...

—Esa es la verdad; conozco de toda mi vida al marqués y es hombre que en formando una resolucion, en proyectando un plan, no retrocede por nada ni por nadie del mundo.

—Sin embargo yo quiero hablarle; tengo razones...

—Es inútil, interrumpió Diego, y nos seria perjudicial. Fíate del buen instinto de Tula, ella nos salva á todos; ella ha convencido á Isabel y podemos hacer las dos bodas, en una noche.

—Pero es posible que ese hombre sea inabordable? murmuró Leon muy pensativo.

—Tiene entrañas de tigre; no hay sentimiento en aquel corazon de acero, en aquel cerebro vacío, cuyo hueco llena solo el orgullo de raza. Juzga por esto.

Mi padre era su hermano de Leche y con este motivo se querian entrañablemente. Un dia estando de caza mi padre le salvó la vida á costa de la suya, murió despues de dos meses de una agonía horrible: pues bien; el marqués sin mas que porque me ha visto ingresar en la milicia, me ha cerrado las puertas de su casa y me aborrece de muerte y

no quiere verme, ni á mi pobre madre tampoco, ella que es una santa!....

—Buena prueba es de dureza de corazon.

—Muchas como esa podria citarte.

—De manera que es preciso pensar sériamente en el proyecto de Tula?

—No hay otro; casarnos y que no lo sepa en muchos años.

—Eso nó; yo si me caso, me llevo á mi mujer en seguida, dijo con viveza Leon.

—Dichoso tú que podrás hacerlo!.. el carácter de Tula no es como el de Isabel; ésta no consiente en disgustar á su padre y acaba de exijirme juramento de que nuestro enlace quedará secreto hasta que el viejo muera.

—Pues, trabajo os mando; yo no aceptaría esa condicion.....

—Ni yo la impondria, señor capitan; interrumpió Tula que habia oido las últimas palabras.

—Y bien; ya casi Diego me vá convenciendo.

—Gracias á Dios!.. me alegro que tenga mas influencia sobre tí que yo, esclamó Tula con cierta celosa ironía.

—Ya te enfadas otra vez?.. dijo Leon.

—Nó; nó; si me alegro por el resultado; dijo ella.

—Vén, pues, aquí y hablaremos de ello; esclamó el capitan cediéndole su asiento en el divan y ocupando él una silla próxima.

—Vosotros haceis á veces mas caso de las palabras de un hombre que de los consejos de una mujer; y en eso quizá os engañeis, porque si vosotros teneis mas gravedad y mas fijeza en las opiniones, en cambio nosotras tenemos el

sentimiento y el instinto natural que rara vez nos engaña.

Isabel, séria y meditabunda fué á sentarse en el sitio que Diego la dejó junto á su hermana.

El y Leon se sentaron á los lados, colocando Juana en medio de los cuatro, un precioso velador maqueado con el servicio del té.

—Eso les sucede á los hombres como Leon, yo soy al contrario, dijo Diego, y si nó que diga Isabel sino he firmado el contrato en blanco, aceptando todas sus condiciones, ¿nó es verdad?

—Ciertamente; pero no se yo si pretenderás luego que se modifique; esclamó Isabel saliendo momentáneamente de su abstraccion para dirigir á su amante una dulce sonrisa.

—¡Ah! murmuró Diego con vivo placer; siquiera te veo reir!....

—Me contagia la alegría de mi hermana que se refleja en su rostro á pesar de su enfado.

Las impresiones se sucedian rápidamente en el alma de Tula pasando del pesar á la alegría.

Una mirada de Leon borró las huellas del dolor pasado, y se la vió al momento loca de júbilo, haciendo ya mil proyectos y formando para el porvenir los mas risueños castillos en el aire que se pueden imaginar.

El bizarro capitan convencido ya de la necesidad de llevar á cabo aquel matrimonio clandestino, la escuchaba estasiado.

Las donosísimas ocurrencias, los chistes ingeniosos de la espansiva y alegre Tula, los tuvo absortos á los tres por espacio de dos horas, en cuyo término se pusieron de acuerdo

y convinieron en los mil detalles necesarios para realizar su atrevido proyecto.

A las dudas de si se prestaría ó nó el capellan del regimiento, dijo Leon.

—Vendrá el capellan; yo se lo impondré, si no consigo que lo haga por amistad.

—Tú tienes medios de obligarle; repuso Diego.

Sí; pero la cosa es séria, ¿vá á hacer dos casamientos sin las licencias eclesiásticas?

—Eso nó; mañana puede dar los pasos necesarios para conseguirlas sigilosamente. Con dinero todo se consigue; se le encarga el mayor secreto y ya sabeis que la gente de Iglesia es muy interesada y no se resistirán; dijo Tula.

—Sí; tiene razon Tula; añadió Isabel, eso es preciso, de otro modo no seria legal nuestro matrimonio.

—Siempre faltará el consentimiento paterno, objetó Leon que luchaba aun con la misma idea.

—Ese documento sobra, esclamó Tula; se suprime por innecesario.

Los dos jóvenes amantes acogieron estas palabras con una sonrisa.

Isabel permaneció pensativa.

En un reloj de sobre-mesa dieron las tres de la madrugada.

—Ah! dijo Isabel, las tres yá!...

—¡Ea! á dormir, y hasta mañana; esclamó Tula levantándose; luego añadió:

—Juana... acompaña á estos caballeros.

—Vamos, sí; dijeron ellos levantándose tambien.

Tula añadió abrazando á su hermana:

—Isabel se acostará esta noche conmigo, ¿nó es verdad? tenemos mil cosas que decirnos.

—Con mil amores, repuso Isabel.

Las dos hermanas por la primera vez de su vida, por lo menos, desde que tenian uso de razon, iban á dormir juntas.

¡Qué bella armonía entre las dos hermanas!....

Sin embargo, distintos eran sus carácteres y diametralmente opuestas sus inclinaciones y sus ideas.

Pero sentian del mismo modo; amaban y el amor es el lazo universal que une las almas.

Juana volvió á poco declarando que habia sentido mucho miedo al volver sola atravesando aquellos inmensos salones, aquellas largas galerías y aquellos grandes patios, todo tan silencioso como si fuera un cementerio.

Tula la mandó retirar despues de haber pagado su adhesion con una caricia que satisfacía mas á la fiel muchacha que todos los tesoros del mundo.

Esta jóven que tenia pocos años mas que su señorita fué recogida por ésta en Nuevayork, donde fué abandonada por sus padres, que la dejaron en una calle pública sin mas recursos que la misericordia de Dios.

Tula iba con su tia en una magnífica carretela, vió llorando á la infeliz pordiosera, y compadecida de su orfandad, la recogió en su coche, y la hizo educar en un colegio de aquella ciudad, de donde salió para ser su primera doncella; pero fué mas bien su amiga y su compañera porque supo grangearse su cariño y no volvió á separarse de su lado.

Escusado es decir que las dos hermanas no durmieron, y que al salir el sol, aun estaban estrechamente abrazadas comunicándose las impresiones de su alma y hablando de los dos hombres que llenaban sus corazones de una felicidad sin límites

CAPITULO XVIII.

Dos bodas clandestinas.

No fué posible evacuar las diligencias necesarias para los casamientos tan pronto como habian pensado, pasaron aun cuatro dias despues de las escenas que hemos referido en los capítulos anteriores.

En la noche del quinto hallábanse las dos hermanas acompañadas de Juana en el cuarto de Isabel.

Este habia sufrido bajo la direccion de Tula una metamórfosis completa. De modestísima celda que antes era se convirtió como por encanto en un precioso gabinete adornado con ricos muebles, magníficas colgaduras y multitud de macetas de flores.

Esta obra se habia llevado á cabo en el breve espacio de dos horas, desde las diez á las doce por capricho especial de Tula y arreglado por sus criados, á fin de que no se enterasen los de la casa de tan súbita transformacion y sospechasen el objeto que la motivaba.

La capilla estaba profusamente iluminada y llena de aromas y de flores.

—Ah! mi buena Gertrudis! esclamó Isabel que contemplaba con dulce melancolía la actividad de su hermana, que vestida ya de ceremonia estaba dando órdenes y presenciando la colocacion de los muebles. ¡Cuánto daria por tener á nuestra pobre madre, en este momento solemne cerca de nosotras!...

—Y yo tambien lo deseo; pero cómo se lo decimos?..... ella solo anhela nuestra dicha; pero tiene miedo á papá y quién sabe si pondria obstáculos que lo impidieran!...

—Callemos, pues; pero me causa honda pena ocultarle este secreto, cuando es una madre tan buena; dijo suspirando Isabel.

—¡Infeliz!... es una santa!... ¡Y que vida la suya! No es verdad, querida mia que hacemos muy bien en casarnos con los elegidos de nuestro corazon?

Si obedecemos á papá seremos tan desgraciadas como nuestra madre que vive maquinalmente, sin voluntad propia, sin deseos, sin placeres, como un autómata de carne y hueso.

Hasta sin afecciones ya por que de tanto sufrir está su sensibilidad embotada.

Juana entró diciendo:

—Señoritas ya son las doce y no tardarán en llegar los señoritos.

—Está todo dispuesto, hija mia? dijo Tula.

—Todo; arriba en la sala de V. tengo preparado el té y aquí nada falta.

Traigo el velo y las flores de azahar.

—Pónmele; aquí delante del espejo.

Tula se acercó á uno magnífico de cuerpo entero que habia colocado encima de un divan.

Isabel estaba con su modesto hábito del Cármen que no habia consentido en cambiar, á pesar de las instancias de su hermana.

Un espeso velo de encaje negro cubria sus rubios cabellos, entre los que brillaban unos ramitos de violetas únicas galas que aceptó de Tula.

Esta se habia puesto un traje de raso blanco con encajes, ostentando riquísimas joyas como si su boda se hubiera de celebrar delante de un concurso numeroso.

Juana salió y á poco volvió á entrar seguida de Leon, de dos oficiales del regimiento compañeros y amigos de éste y del capellan.

Les presentó á su futura que ya desde aquel momento en cuanto vió personas estrañas, empezó á mirar su enlace por el lado sério.

Se quedó pensativa, ruborizándose á cada mirada que les dirigian y presa de la mas viva emocion.

Ni aun se atrevia á alzar los ojos para mirar á su amante que la contemplaba enajenado.

En cuanto á Isabel su estado natural era este desde que ofreció á Diego ser su esposa.

No tardaron en sentirse dos golpecitos en el cristal de la ventana.

Juana á un signo de Isabel salió al momento y volvió á poco conduciendo á Diego y á su madre.

La anciana señora María tendió la vista en su alrededor, como para cerciorarse de que no era un sueño aquella

dicha inesperada; iba por fin á presenciar la felicidad de su hijo.

La infeliz estaba trémula de alegría.

Vió á Isabel y se abrazó á ella llorando sin poder articular palabra.

Todos estaban conmovidos; al fin dijo entre sollozos, enjugándose las gruesas lágrimas que rodaban por sus mejillas:

—Oh!... hija mia!... hija mia!... Dios te bendiga!...

—Pago la deuda de mi padre!... se ha quedado V. sin marido; pero tiene en cambio una hija; murmuró á su oido.

No se escaparon estas palabras á la penetracion de Diego que estaba junto á ellas y dijo á su amada como reconviniéndola, cariñosamente.

—Con qué deuda de gratitud?

—Y de amor!... esclamó ella en voz tan débil que mas bien lo adivino Diego por el movimiento de sus labios.

El capellan habia entrado en la capilla y preparaba todo lo necesario para la ceremonia acompañado de Juana y de los testigos que le siguieron.

—Cuando Vds. gusten; dijo poco despues, uno de los oficiales.

Leon dió el brazo á Tula y Diego á Isabel y entraron.

Ya la señora María estaba arrodillada en un ángulo de la capilla con Juana.

La ceremonia empezó en medio de un silencio sepulcral interrumpido solamente por los sollozos de las dos hermanas.

Se casaron primero Tula y Leon siendo padrinos Isabel

y Diego. Luego cambiaron tocando el turno á estos que recibieron conmovidos la bendicion nupcial.

Instantes despues estaba consumado el sacrificio.

A pesar de que la alegría inundaba los corazones de los cuatro jóvenes, nada mas triste que sus rostros: todos estaban cabizbajos, meditabundos y preocupados.

Las dos esposas permanecieron gran rato en oracion arrodilladas ante el altar, despues de terminada la ceremonia.

Formaban un contraste muy peregrino.

Isabel rubia, de pequeña estatura, débil y modesta come la ruborosa violeta, vestida humildemente con un pobre hábito.

Tula arrogante, magestuosa, de cabellos y ojos negros, vestida con gran lujo, parecian la rosa y la violeta.

Cuando se levantaron, la señora María las recibió en sus brazos, sin que hubieran cesado todavía las lágrimas de júbilo que bañaban aquel semblante angelical y bondadoso.

—Ah! V. ocupa el lugar de nuestra santa madre, esclamó Tula abrazándola estrechamente y llorando tambien.

Isabel se sintió tan conmovida, que fué preciso sacarla de la capilla, por que el calor la ahogaba y temian la diese una congoja ó un ataque de nervios, segun el temblor de que estaba acometida.

Se figuraba que no podia ser feliz por casarse sin el consentimiento de su padre, y estas ideas que manifestó á los circunstantes le hacian sufrir de un modo horrible.

Todos intervinieron en apartar tan lúgubres sombras de la frente de la jóven; pero Isabel dijo:

—Ah!... si yo al menos viera á mi madre!... Si no recibo su bendicion me muero..... me estoy ahogando y presiente mi corazon alguna desgracia.

—Qué compromiso!... esclamó Tula; yo tambien lo deseo con toda mi alma; pero cómo la llamamos?

—Yo me hubiera confiado á ella antes; repuso Leon; en el corazon de una madre no hay mas que bondad y no se hubiera opuesto á la dicha de sus hijas.

—Y menos ella que es tan buena y tan santa; añadió Diego.

—Ahora se ofenderá quizá de que se la llame despues de verificados los enlaces; se atrevió á objetar tímidamente la señora María.

—Qué hacemos, pues? se la llama? preguntó Tula; yo no puedo ver á Isabel en esta angustia.

—Oh!... sí, sí, por piedad, llamadla, dijo esta.

—Pero y si padre se despierta?

—Señoritas!... Si Vds. quieren yo iré; dijo Juana.

—Tú!... sin que lo sienta mi padre?

—Desde luego; ya saben Vds. que duerme en alcoba separada y la puerta de escape que vá al tocador queda siempre abierta por si ocurre algo y tienen que llamarla, que no molesten al señor marqués.

—Pues, corre!... tráela!... pero que no se asuste, y te daré mil abrazos.

Tula en su alegría estrechó á la jóven contra su pecho.

Esta llena siempre de ardiente gratitud hácia la jóven ama, la besó la mano con respeto y tomando una luz salió apresuradamente.

CAPITULO XIX.

La Madre.

La marquesa se habia retirado aquella noche mas tarde que de costumbre.

Se encontraba enferma y sumamente agitada. Habian cenado solos ella y el marqués, por que las niñas se escusaron de asistir á la mesa pretestando una lijera indisposicion y fué una cena larga y enojosa para la pobre madre.

De muy mal humor el viejo aristócrata, por lo que llamaba desvío de sus hijas y poco respeto á su voluntad que debia ser sagrada para ellas, descargó su cólera en la infeliz mujer que le servia de víctima.

La llenó de apóstrofes violentos, y por último cuando nada tuvo ya que echarla en cara, la encargó una odiosa comision; la de trasmitir á sus hijas sus despóticas órdenes.

—Haz saber á las niñas, la dijo con ágrio tono, que mañana á la una se firmarán los contratos; que se preparen sin replicar, porque todo está dispuesto.

Ante esta órden severa la marquesa se estremeció; pero no dijo una palabra.

Conocia que eran inútiles las réplicas.

Se levantó de la mesa, le pidió permiso para retirarse y dándole las buenas noches se dirigió á su cuarto.

Gran rato estuvo indecisa sin saber qué hacer; por último despues de haber llorado y rezado mucho, no se encontró con valor para cumplir las órdenes de su marido y se quedó.

—Mañana se lo diré; decia la infeliz!... que duerman tranquilas esta noche.

¡Hijas de mi alma! ¡Desventuradas!... ¡Quiere sacrificarlas á su ambicion, á su nécio orgullo, orgullo de raza que se funda en los pergaminos, como si no valieran cien veces mas los sentimientos y los méritos personales, que elevan por sí mismas á las criaturas, que no unos viejos pedazos de papel.

Comprendo esto y lo siento; pero no se lo puedo decir, por que me aturde; mi débil naturaleza no puede luchar con la suya indomable y áspera como una carrasca de cien años; yo á su lado soy el pobre lirio que se troncha al menor choque.

¡Ay! no tengo fuerzas para defenderlas de su tiranía...

Pero es posible, señor, que yo no pueda nada contra este hombre implacable!...

Si me opongo, si digo una sola palabra que contrarie sus proyectos, será capaz de romper sin piedad mi cabeza contra el muro y no las salvaré.

El escándalo es imposible en nuestra casa tan respetada siempre!... tan considerada en la ciudad!... y son tan ma-

las las gentes!... ah! qué dirian si al cabo de tantos años nos vieran en discordias?...

Pero yo me vuelvo loca; son horribles mis sufrimientos!...

¿Cómo dejar á esas infelices que ódian estos matrimonios, que prefieren cien veces la muerte; cómo dejarlas consumar un sacrificio que las hace desgra[illegible]

Sin embargo, su traje y su ocupacion de guardar el ganado, le hacian creer lo contrario de lo que se imaginaba.

En estas dudas se atrevió á preguntar:

—Es de V. este ganado?

—De mi padre, señor; mas bien, del amo; porque nosotros somos los arrendatarios de esta hacienda y de este monte en que nos hallamos.

—Luego ustedes son pobres?

—Pobres! no señor! trabajamos, es verdad, mucho y no nos quedan grandes ganancias por que las rentas son crecidas y aumentan mas cada dia; pero siempre nos sobra un pedazo de pan.

—Y V. ha vivido siempre en este monte?

—Aquí he nacido y he crecido, y sin duda aquí moriré.

Rosa exhaló un suspiro al hacer esta última afirmacion, lo que no se escapó á Jaime que la dijo:

—Pero V. no puede vivir contenta con esta vida!

Rosa no dijo nada y continuó con los ojos fijos en el libro; pero sin leer.

—Seré indiscreto preguntándola el título de ese libro?

—Pablo y Virginia.

—Ah! es el bellísimo poema de Bernardino de Saint-Pierre? ya no estraño la emocion de V. ni las lágrimas que he sorprendido en sus ojos.

—Me ha conmovido mucho el naufragio y la muerte de Virginia; ah! la infeliz!

Y las lágrimas volvieron á aparecer en los ojos de la jóven pastora.

—Pero eso es pura ficcion, hija mia, esclamó Jaime; es el delicioso sueño de un poeta.

—Ficcion! con que no es verdadera esta historia? preguntó Rosa con asombro.

—Nó señora; pueden ser verdad en las novelas las costumbres, los caractéres á veces, por que suelen tomarse del natural, los episodios históricos, cuando se toman de las crónicas del país á que se refieren; pero los sucesos son por lo general fábulas diestramente conbinadas por la imaginacion del novelista.

—¡Qué lástima!..... yo creí que eran verdad esos amores!... murmuró con cierta melancolía Rosa.

—Aunque esos no lo sean, otros hay en el mundo que lo son; pero veo que interesan á V. mucho los libros.

—Sí, me agrada sobre manera leer; pero tengo la desgracia de carecer de libros; solo he leido tres ó cuatro que he podido proporcionarme por casualidad.

—Si V. me lo permite yo la traeré algunos, dijo Jaime.

—Ah! señor: eso seria demasiada molestia!...

—Al contrario, tendré un placer; yo paso por aquí con frecuencia, y no me costará trabajo.

—Como V. guste, pues; proposiciones de esta naturaleza no puedo yo rehusar, por que no tengo mas distraccion, ni mas placer, que los libros.

—Nunca vá V. á Huesca?

—Nó señor; mi padre no consiente que dejemos la casa y el monte; así es que mi madre y yo vivimos aisladas en esta perpétua soledad.

Rosa habia concluido por perder algo su timidez, y ya se atrevió á lanzar alguna mirada oblícua á su jóven interlocutor; encontrándole además de amable y fino, un arrogante mozo.

Jaime lo era ciertamente, mucho mas, para una muchacha como ella que solo conocia los pastores y los mozos de labor de casa de su padre.

No se atrevia á mirarle de frente y sin embargo ardia en deseos de contemplarle á su sabor.

Entablaron conversacion sobre diferentes cosas, hasta que ya casi anochecido, Rosa se levantó y preparándose á recoger su ganado, dijo:

—Adios, señor; yo no me puedo detener por que es tarde y vendrian á buscarme.

—Adios, pues, hermosa zagala; contestó él; he tenido un vivo placer en conocerla y mañana vendré á traerle el libro prometido.

—Mil gracias; en cambio por si trae como hoy tanta sed yo le tendré refresco de frambuesas, que tanto le gusta.

—Muchísimo; ha sido para mí una bebida deliciosa y más, servida por V.; contestó Jaime.

La jóven inocente en demasía y completamente turbada, no sabia qué contestar á las galantes frases del jóven.

Se ruborizaba á menudo sin osar levantar los ojos hácia él.

Jaime por su parte tambien la contemplaba con afan, sintiendo que la noche hubiera interrumpido su grata conversacion.

Rosa recogió su ganado y se puso en marcha por la vereda adelante; dos ó tres veces volvió la cabeza queriendo sin duda saciar su curiosidad, examinando al jóven por entero; pero no lo pudo conseguir por que siempre la mirada de éste estaba clavada en ella.

BIBLIOTECA REGIONAL JOAQUIN LEGUINA Comunidad de Madrid

No la perdió de vista hasta que desapareció detrás de la última encina.

Rosa llegó á su casa muy distraida; llevó el ganado al aprisco, y se encerró en su cuarto, dejando á su madre el cuidado de ordeñar y recoger la leche en tarros, preparándola para hacer los quesos; operacion que estaba siempre confiada á su cuidado.

Cuando se reunieron por la noche en la cocina á rezar el rosario, Rosa no parecia y fué preciso llamarla dos veces.

Por fin llegó, contestando á las amonestaciones de su padre que se sentia un poco enferma.

Sin hablar una palabra mas, fué exhalando un hondo suspiro á sentarse en el rincon mas oscuro de la cocina.

—Válgame Dios!... ¡qué tendrá Rosa!... murmuró la madre.

Nadie pudo adivinar que aquel suspiro era el primero de amor que se escapaba de su jóven corazon.

CAPITULO XXII.

Emancipacion.

Fácil es adivinar que las visitas del jóven marquesito no escasearian desde el dia en que conoció á la sencilla pastora que le ofrecia un tesorero de gracias, de inocencia y de candor.

Le llevó libros de amores escogidos por él con el pérfido objeto de exaltar su pasion y de vencer los obstáculos que pudieran oponerse á sus proyectos.

La infeliz los devoraba, tragando aquel veneno corruptor y siguiendo sin advertirlo siquiera por la senda que le trazaba la perversa mano de Jaime.

Un mes despues de su primera entrevista, su perdicion estaba consumada; amándole de tal manera la pobre Rosa, que miraba en él su Dios; su única felicidad sobre la tierra.

Incapaz de oponerle contrariedad ninguna, se sometia

dócilmente á sus caprichos convirtiéndose en su esclava, triunfo mas de apreciar en un carácter tan altivo y tan independiente como el de Rosa.

Ella que dominaba á toda su familia, que no se dejaba imponer la voluntad de nadie perdió su libre albedrío y no tuvo mas afan que complacer á Jaime: verle contento y feliz era para ella la dicha de las dichas. Por una sonrisa, por una caricia suya, hubiera hecho todos los sacrificios imaginables.

Por él hubiera perdido mil veces su vida; sin él le parecia la vida el mas horrible de los tormentos.

¡Poder misterioso del amor!...

Jaime reinaba en absoluto en aquella alma enérgica y poderosa; la avasallaba por medio de esa llama misteriosa que enciende los corazones y le era fácil hacer de ella un ángel conduciéndola por el camino del bien, ó demonio si la impulsaba por el camino del mal.

Blanda cera que caia en sus manos y que hubiera podido modelar á su capricho.

Pero Jaime era malo, tenia perversos sentimientos y una ambicion desmedida.

La pobre Rosa no llenaba, no podia llenar sus aspiraciones; la vió á su paso, bella, jóven, enamorada y la recogió como instrumento de placer; como recoje el viajero la flor que á la orilla del camino le brinda con sus perfumes deleitosos.

Ávida la infeliz de aquellos placeres que la mostraban los libros fatales que Jaime puso en sus manos, sedienta de los goces del corazon, amó con ceguedad, con ternura infinita y se entregó de lleno á su amor, sin que la detu-

viera el carácter áspero, iracundo á veces, destemplado siempre, de Jaime.

Cuántos sacrificios tuvo que hacer por él!...

¡Qué de lágrimas vertidas en la soledad!

¡Cuántas noches de insomnio!... ¡de febril ansiedad!...

¡Qué remordimientos no sentiria, para ocultar á sus padres aquellos amores!... Qué sustos! ¡qué angustias!...

Y sin embargo le veía y todo lo olvidaba; y aun que las visitas de Jaime eran cada vez menos frecuentes y mas cortas, durando á veces cinco minutos solamente, ella no se atrevia á reconvenirle, ni á confiarle sus penas y sus amarguras inmensas.

Nunca podia preguntarle nada de su cariño, ni de su familia, ni de su nombre, por que la contestaba ásperamente, y la infeliz callaba creyendo haberle disgustado.

En este estado llegó Jaime una tarde; hacia mas de ocho dias que no le veia, y Rosa le esperaba siempre, volviéndose á su casa desolada y llena de lágrimas cuando no acudia al sitio de sus citas.

—Ah! gracias á Dios!... ya estás aquí!... le dijo con viva alegría... ¡qué de angustias me causa tu ausencia!...

—Pues bien: ya has concluido de penar!... dijo él.

—Que he concluido!... murmuró con asombro Rosa.

—Sí; vengo á buscarte, tengo un coche á la entrada del monte, y he preparado casa para tí, en un pueblecito no léjos de Huesca.

—Pero esto es imposible!... como abandono mi casa, mi familia!... esclamó ella espantada.

Jaime la dirigió una mirada profunda, que penetró hasta el fondo del corazon.

A veces una de estas miradas del hombre adorado por una mujer cuyo corazon domina por completo, suelen ser mas elocuentes que todos los discursos de los mas hábiles oradores.

Jaime conocia el poder de sus ojos y por eso la dirigió tan aguda flecha.

Rosa se estremeció toda y no encontrando fuerzas ni palabras con que oponerse á la voluntad despótica de su amante, rompió á llorar.

—¡Ea! no quiero llantos.... que Jeremías estás hoy..... esclamó con aspereza Jaime.

Las lágrimas de Rosa cesaron de correr; ella procuraba ocultarle siempre sus penas, fingiendo una alegría que estaba muy léjos de su corazon.

—Con qué decídete; este monte está muy léjos para mí, no puedo venir á verte, ¿te quieres venir?... la dijo, acompañando sus palabras que procuró pronunciar con el acento mas dulce posible, de otra mirada fulminante.

—Déjamelo reflexionar!... suplicó la jóven.

—Es que tengo prisa y no puedo detenerme.

—Siempre me consagras cinco minutos lo mas, cuando yo te he dedicado mi vida entera, y no hay un solo momento que no ocupes mi alma por entero.

—Por eso quiero llevarte para estar mas tiempo á tu lado.

—Bien, yo te obedeceré, no tengo fuerzas para oponerme á tu voluntad; pero déjame despedirme de mis padres.

—Ni una palabra han de saber de esta resolucion.

—No lo sabrán, te lo prometo; pero yo quiero verlos

por última vez; murmuró Rosa elevando las manos hácia su amante en ademan de súplica.

—Consiento en tu deseo; pero á las doce de la noche, te espero en este sitio; si no estás, perderás mi cariño para siempre; yo no volveré mas por aquí.

—Te juro no faltar; ni yo podria hacerlo, querido Jaime, porque ya tu suerte está unida á la mia por lazo indisoluble, por el lazo de la naturaleza que no pueden romper las leyes del mundo.

Jaime estuvo mas cariñoso que de costumbre y se marchó para volver á la hora convenida.

Rosa cabizbaja y sombría se dirigió hácia su casa.

Ordeñó su ganado, dispuso la leche para hacer los quesos, asistió á todas las ocupaciones habituales, preparando la cena y cenando en familia, lo que no dejó de estrañar porque hacia mucho tiempo que apenas comia mostrándose uraña y descontenta con todos.

—Qué solícita está esta noche Rosa; dijo Anselmo maravillado.

—Vamos, hija mia; te ha tocado Dios en el corazon?... la preguntó el tio Andrés.

—Pobre!... esclamó la madre; verdaderamente está enferma; miradla que pálida y que flaca se ha quedado!...

Ciertamente, estaba enferma; las enfermedades morales son mas peligrosas que las físicas, porque no son tan fáciles de curar.

Y el amor es una enfermedad moral.

Rosa nada contestó á su familia, bajaba la cabeza y no podia mirar á ninguno porque las lágrimas llenaban sus ojos y sentia oprimido el corazon.

Cuando terminada la modesta cena se pusieron á rezar el rosario, Rosa sentada junto á la chimenea, cerca de su madre rezó con mas fervor que otras veces y dijo á su madre en voz baja:

—Rezemos, querida madre, un ave María, para que Dios se apiade de mí.

—Un ave María, por la salud de Rosa; esclamó la anciana en voz alta, empezando la primera parte de la oracion.

Cuando hubieron concluido el rezo todos los criados se fueron á acostar quedando la familia sola.

—Y persistes en tu idea de casarte con Rafaela? preguntó el tio Andrés á su hijo.

—Ese será mi mayor deseo; pero la voluntad de V. ante todo, padre; esclamó Anselmo.

—Es una buena muchacha, honrada y hacendosa y nada tengo que oponer; su familia es buena y tienen un mediano pasar; con qué casaos, pues.

—Su hermano quiere tambien á Rosa; pero como ésta lleva una temporada tan disgustada no ha querido decírselo; repuso Anselmo.

—Qué dices tú á eso Rosa? te agradaria ese matrimonio?

—Ah! no señor! yo no quiero casarme.

—Ya lo creo!... dijo furioso Anselmo, como le ha de agradar, si recibe todas las tardes en el monte las visitas de un galan mas encopetado!...

—Es posible?... qué dices á esta acusacion?... Rosa!...

—Habla!... esclamó el tio Andrés levantándose descompuesto y lanzándose hácia Rosa en ademán de la mas violenta cólera.

La jóven escondió el rostro en el seno de su madre, y rompió en sollozos desgarradores.

—Infeliz!... murmuraba la anciana; que adivinaba algo sério en la existencia de su pobre hija.

—Sí; padre mio; es verdad; repuso Anselmo; yo no debo callarlo porque estamos siendo el ludibrio de las gentes; en los pueblos inmediatos se dice y se comenta, cuando la limpia honra de nuestra casa ha sido siempre tan acrisolada.

—Pero contesta, ¡miserable! es cierto lo que dice tu hermano?... esclamó el tio Andrés cogiendo á la jóven por un brazo y obligándola á ponerse de pié y á mirarle frente á frente.

—Yo nada sé! balbuceó la jóven convulsa.

—Qué no lo sabes?... por qué das tú conversacion á los caballeros?... No conoces que te pierdes?... No conoces que eres una pobre labradora y que solo debes casarte con un hombre de tu clase?...

—Todo lo comprendo!... murmuró ella llorosa.

—Pues bien, por qué das que decir?... á qué consientes que las gentes hablen?...

—¡No volverán á decir nada!..... lo prometo; dijo Rosa.

—Corriente; pero ten entendido que mueres á mis manos en el momento en que yo sepa que hablas con ese señor.

—Y á las mias sino, añadió Anselmo: yo la vigilaré y aseguro á V. padre que esta infame no manchará nuestra limpia honra con su conducta liviana.

Rosa medio desmayada se retiró á su cuarto en brazos

de su madre que lloraba con ella sin valor para penetrar en aquel arcano que le parecia muy tenebroso.

—Madre del alma!... que desgraciada soy!... esclamó la jóven abrazando y besando á la anciana con las mayores demostraciones de cariño.

—Cálmate!... hija mia!... cálmate!... la decia ella y deposita en mi pecho tus penas.

—Escuche V. querida madre; á V. se lo diré; yo amo á ese hombre; yo estoy loca por él; pida V. pues á Dios que me ilumine y me ampare.

—Infeliz!... no conoces que no te pertenece?

—Seré su esclava... pero yo no puedo arrancar de mi pecho este amor; lo he procurado con todas las fuerzas de mi alma y es una cosa superior á mis deseos y á mi voluntad. A todas partes me sigue su memoria, le veo siempre de noche, de dia, dormida, despierta; pierdo el juicio, el apetito, el sueño; yo no puedo vivir así; ah!... madre mia!... quiero morirme!... sí; sí; decídselo á mi padre!... y que venga á recoger el último suspiro de su hija que deshonra sus canas sin poderlo remediar.

Desfallecida cayó Rosa sobre su lecho; la pobre madre se esforzó en consolarla prodigándola todas aquellas palabras tan dulces y tan conmovedoras del vocabulario de las madres; pareció dejarla mas tranquila y se retiró llorando con ánimo de implorar la clemencia de su marido en favor de la desventurada criatura presa de una pasion indómita.

Rosa permaneció en una especie de sopor durante dos horas.

De repente escuchó una lejana campana y se levantó súbitamente.

En el reloj de la aldea vecina daban las once.

—Ah!... murmuró; dentro de una hora!...

Se levantó, colocó la luz sobre la mesa y tomando una hoja de papel escribió:

«Querido padre: cuanto ha dicho Anselmo es verdad, amo á un hombre superior á mi clase; no podré quizá ser su mujer; pero seré su esclava; aun cuando me ha empeñado su palabra de ser mi esposo, confio en ella y le sigo: perdone V. si me emancipo dejándome llevar del imperio del corazon.

Ruegue V. á Dios por su desventurada hija,

ROSA.»

Dejó cerrada la carta y saltando por la ventana salió al campo y se encaminó al monte, donde ya la esperaba Jaime, que la condujo al carruaje.

CAPITULO XXIII.

La batalla de Huesca.

Vamos á divagar un momento por el árido, pero provechoso campo de la historia.

Nos es preciso que conozcan nuestros lectores con todos sus detalles la célebre batalla de Huesca ganada por los carlistas el 24 de mayo de 1837, donde nuestros simpáticos amigos, Leon y Diego, esposos hacia algunos meses de Tula y de Isabel tuvieron una parte tan activa, siendo ambos víctimas de su temerario arrojo.

Era imposible que en paises tan leales como Aragon y Cataluña lograse el príncipe rebelde aclimatar la planta destructora del despotismo y de la guerra.

Solo las liberales provincias de Zaragoza y Huesca aprestaron *doce mil* nacionales movilizados desde el instante mismo en que se encaminó hácia ellas el Pretendiente, (1)

(1) Los datos históricos de esta obra están tomados de la vida militar y política de Espartero escrita bajo la direccion de D. José Segundo Florez.

que era perseguido por un ejército numeroso, aguerrido y esforzado, al mando del activo y valiente general D. Miguel Iribarren; y amagado por las fuerzas que capitaneaba Oraa en el bajo Aragon y que se dirigieron al norte luego que se supo el rumbo que llevaban los espedicionarios; esperado además por el Baron de Meer, capitan general del principado, que despues de haber dejado las fuerzas necesarias para contener á las facciones de Tristany y otros cabecillas que se hallaban en Ager, se habia adelantado á la frontera de Aragon, al frente de 3,000 hombres con objeto de cubrir el paso del Cinca.

Muy léjos estaba nadie de creer que consiguiese el Rey aventurero ningun género de ventaja en su correria, ni triunfo alguno, el mas mínimo de cualquiera especie; pero una fatalidad deplorable, proporcionó sin embargo un bien al ex-infante, si es que bien puede llamarse la triste y esteril satisfaccion que resulta del mal de los contrarios, cuando de este mal no se sigue resultado alguno ventajoso á la causa que allí se dice vencedora.

El conde de Luchana que con tanto tino habia previsto los designios del Pretendiente en su decantada escursion, habia tambien aconsejado y prevenido el plan de obligarle á encerrarse, en lo mas estrecho del ángulo que forma el Ebro con el Cinca, á fin de que se viese forzado á presentar batalla en terreno apropósito para nuestras tropas, en que pudiese en estas jugar la caballeria, ora fuese en Aragon, ora en Navarra á donde se veria precisado á retroceder y en donde deberia ser batido por el mismo Espartero.

En una palabra, el objeto del conde era el de tener acosado y comprimido siempre al Pretendiente por fuerzas

numerosas; pero sin comprometer accion alguna, á menos que no fuese en circunstancias ventajosas para nuestras armas, puesto que en esta ocasion era tan fácil hacerlo así, limitando por consiguiente en gran manera el área en que aquel verificase su correría, impidiendo que hiciese prosélitos en el país recorrido, como se hubiera verificado, dejándole nuestras tropas en abandono y abreviando en fin el término de aquella angustiosa y fratricida guerra.

Pero el imprudente arrojo de uno de nuestros mas beneméritos y distinguidos jefes, arrojo que por desgracia costó bien caro á la patria y tambien á aquel desdichado, hizo que se malograsen estos planes, precipitando los sucesos, y trastornando completamente los proyectos del general en jefe del ejército del Norte.

Habia salido el general Iribarren, con todas las fuerzas existentes en Navarra, en persecucion del Pretendiente el dia 17 de mayo cuando se hallaba la faccion espedicionaria en Echauri, dejando encargado de cubrir su izquierda al general Buerens. Hizo Iribarren una marcha forzada desde Tudela á Tauste, llegando el 22 á Zuera y mientras daba aquí descanso á sus tropas, acercábanse las espedicionarias á Amarracos, pasando el rio Gállego en la mañana del 23.

Debia entonces Iribarren limitar su operacion á cubrir la ribera del Ebro, impidiéndole al enemigo á todo trance el paso de este rio y el de su tributario el Cinca, pero un dia aciago y una hora funesta, que nunca faltan en las guerras como en las revoluciones tenian reservado cercano fin á aquel jefe entendido y esforzado y á otros muchos de los valientes que le acompañaban, viéndose cubierto de

luto nuestro ejército y la patria anegada en llanto y en profundo desconsuelo.

Avisos recibidos por Iribarren le anunciaban la marcha del enemigo á Huesca y al punto ordenó aquel jefe que la mitad de la caballería se encaminase á Alcalá con parte de la infantería ocupándose este punto en la mañana del 24.

Poco antes de mediar este dia presentóse ya la espedicion poco fatigada ante los muros del alto Aragon.

Cuatro horas distante de esta hállase Almudevar á donde llegó Iribarren aquella mañana permaneciendo solo el tiempo suficiente para subvenir á la imperiosa necesidad de racionar las tropas, y deseoso este general de impedir al rebelde el paso del Cinca ganándole en su direccion á Barbastro, salió de aquel pueblo marchando hácia Huesca á cuya vista llegaron nuestras tropas á las dos y media de la tarde.

No debieron estas haber pasado de *las canteras de Almudevar* á juicio de inteligentes y conocedores del terreno, por cuanto aquellas constituyen una posicion formidable y muy apropósito para el objeto.

Isabel y Tula que desde la azotea de su casa observaron este movimiento, poco diestras en el arte de la guerra bajaron inmediatamente llenas de alegría á comunicar á su madre que las tropas reales estaban á la vista de Huesca y con ellas debian estar sus esposos que habian salido dias antes á incorporarse con éstas al frente de sus respectivos cuerpos.

Desde su casamiento á que hicimos asistir á nuestros lectores en el capítulo XVIII, habian pasado algunos me-

ses; habiendo permanecido este acontecimiento en el mas profundo secreto.

Todos los esfuerzos de Tula por hacer que Leon se retirase de la guerra fueron inútiles, estrellándose ante la inquebrantable firmeza del pundonoroso militar que amante ante todo de su patria y de su Reina no quiso retirarse cuando estaba en peligro y cuando se necesitaban los esfuerzos de todos los leales y valientes españoles para asegurar á la régia niña en el trono de su padre.

Claro está que lo mismo pensaria Diego y ambos continuaron cumpliendo con sus obligaciones respectivas y visitando por la noche á sus esposas hasta que la situacion de Huesca por la llegada del infante rebelde, les obligó á dejar la capital incorporándose á las tropas de la Reina.

El marqués del Cinca no pudo continuar en sus proyectos de casar á sus hijas porque Rodrigo y Jaime estuvieron arrestados, no habiendo recobrado su libertad hasta que el infante D. Cárlos entró en Huesca.

Sabian que su arresto habia sido decretado por Diego y por Leon y ciegos de rabia juraron vengarse de sus enemigos declarándoles una guerra á muerte.

Se halla Huesca á la márgen derecha del rio Isuela sobre un plano inclinado que se eleva mucho hácia el norte y desde cuyo punto se ven hasta veinte pueblos. A tiro de cañon se halla la ermita de San Jorge sobre un cerro escarpado de considerable elevacion y como punto ventajoso lo ocuparon los carlistas guiados por Jaime que conocia perfectamente el terreno, quedando Rodrigo con otros facciosos en la ciudad y formados en el espacio que á ambos cuerpos separaba unos cuatro batallones.

Cuando llegaron las tropas de la Reina ya los enemigos se habian apoderado de la ermita como punto ventajòso y aquí fué donde se trabó el sangriento combate.

Don Cárlos habia revistado sus tropas por la mañana infundiéndoles valor con su presencia, acompañado de su capitan general en jefe D. Sebastian Gabriel, infante que mas tarde debia reconocer á la Reina niña que entonces combatia con tanto encarnizamiento.

Habia ordenado Iribarren al brigadier don Diego Leon y Navarrete comandante general de nuestra caballería que de ningun modo empeñase entonces accion alguna por no ser las circunstancias oportunas, ni el terreno apropósito para que operase dicha arma; pero animosos y entusiasmados nuestros bravos y no menos entusiasta y ganoso de gloria este bizarro jefe, dignísimo sobrino del malogrado conde de Belascoain, teniendo á la vista sin duda el noble ejemplo que acababa de darle su tio en la memorable jornada de Villarrobledo, en vez de mandar en descubierta una cuarta ó mitad de caballería, aguijado por el ardimiento y arrojo del bravo capitan Leon, esposo de Tula, que estaba ansioso de pelea y de traspasar los muros de Huesca, embistió con todas sus fuerzas puesto él á la cabeza de un escuadron de coraceros de la guardia seguidos del jóven capitan que no se apartó de su lado. Acometieron con increible arrojo á las guerrillas contrarias penetrando sin temor hasta el centro de las masas enemigas y haciendo prodigios de un valor comparable solo al que ostentaban nuestros apuestos caballeros de la edad media.

CAPITULO XXIV.

Continúa el anterior.

¡Lástima grande que la suerte dejase bien pronto sin premio tanta hazaña!...

Llevaban ya nuestros valientes vencida y arrollada una fuerza de caballería é infantería triple de la que mandaba el bizarro brigadier, cuando una bala dirigida por la certera mano de Jaime no á él sino al bizarro capitan que le seguia le quitó la vida privándonos para siempre de aquel esforzado caudillo, que acababa de matar por sí mismo once facciosos.

Cuando Leon vió caer á su jefe, se lanzó hácia Jaime con la mas violenta ira.

—¡Infame!... murmuró... ahora vas á morir!...

Pero no tuvo tiempo de acercarse á él, una bala tan diestramente dirigida como la primera le hizo vacilar y caer del caballo, murmurando con suprema angustia el nombre de Tula.

Su cuerpo fué á caer arrastrado por Jaime entre las zarzas de un matorral; allí con la rapidez del relámpago le registró Jaime los bolsillos, se guardó una cartera con papeles que encontró en uno de ellos y le dejó fuera de las balas enemigas, despues de haberse asegurado de que no respiraba y que por aquel lado nada tenia ya que temer.

Poco despues el escuadron de coraceros que mandaba Leon se sumergió en un terreno pantanoso, que habia sido regado por los labradores el dia antes, segun costumbre del pais, circunstancia que no dejó de contribuir poderosamente á su derrota indicada ya desde el momento en que cayeron sus bizarros jefes.

Viendo Iribarren empeñada y generalizada la accion y hallando mas que difícil imposible contener el ardor bélico de sus valientes, púsose él tambien al frente de otro escuadron con el cual deshizo á un batallon rebelde y despues á otro que reforzó al primero, y por último á un escuadron de Manolin, del que apenas quedarian veinte hombres.

La infantería estaba distribuida en tres columnas de ataque, una á las órdenes del brigadier Conrad y las del centro á las de don Antonio Van-Halen. Varias veces fué atacada por las tropas de la Reina la posicion del enemigo; pero no lograron tomarla, apesar de su esforzada valentía.

Al principio de la accion solo maniobraba la vanguardia de D. Cárlos, el centro en aquella sazon salia del pueblo, y la retaguardia estaba entrando, de modo que la batalla vino á emprenderse en el momento en que aquellas tropas estaban tomando alojamiento. Entre tanto los nuestros no podian evitar la salida que de la ciudad hacian las masas enemigas viniendo á reforzar la línea de ataque por

impedirlo las muchas paredes que cercan las huertas inmediatas al pueblo formando estrechos callejones, que se cruzan en direcciones diversas y entre los cuales se guarecian los rebeldes poniéndose á cubierto de los fuegos contrarios.

Iribarren se hallaba siempre donde estaba el mayor peligro, dando ejemplo de un valor tan funesto para él como para la patria, y marchando á la cabeza de las guerrillas, dejó tendidos cinco facciosos, entre ellos un cabo que le habia alcanzado con la punta de su lanza, ocasionándole una herida en el costado, de la que murió al fin afectado tambien por los funestos resultados de una batalla que jamás ni aun en sueños debió el carlista enumerar en el catálogo de sus victorias.

Dos horas duraria la refriega en cuyo tiempo corrió la sangre con abundancia, calculándose en cerca de dos mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Aun á las mismas calles de la ciúdad se llevó el combate, corriendo los milicianos, entre una lluvia copiosa de plomo que los iba dejando muertos, hácia el palacio episcopal donde estaba alojado el pretendiente, con ánimo de vengar en él tan infausta jornada.

A la cabeza de uno de estos grupos iba el esforzado y valiente Diego, el hijo del peinero como le llamaban sus convecinos los carlistas. En su furor insensato y viéndose perdido iba buscando la muerte; pero queria morir á manos de Rodrigo, queria matarle antes para que su noble esposa no se viera en el duro tormento de aceptarle por marido en dia mas ó menos lejano, cuando se supiera su muerte.

Cerca del palacio episcopal consiguió su objeto, Ro-

drigo salió con varios carlistas, se trabó entre unos y otros una refriega espantosa; los dos rivales vinieron á las manos y ambos cayeron envueltos en su propia sangre.

—Ya no atormentarás á Isabel con tus pretensiones!... muere!... malvado!... le gritó Diego, dividiéndole la cabeza de un sablazo.

Pero al mismo tiempo habia Rodrigo dirigido una bala hácia el corazon del jóven y los dos murieron á un tiempo.

Todos los milicianos fueron heridos, muertos ó prisioneros, uno que pudo escapar dió parte á la señora María para que recogiese el cadáver de su hijo, cuando ya el cuerpo del infeliz Rodrigo, menos malo que su hermano Jaime, que quedó en salvo, habia sido trasladado á una de las salas del palacio episcopal.

Allí estaban reunidos celebrando su triunfo y rodeando á don Cárlos todos los carlistas de Huesca, sin que faltasen los dos marqueses, el del Cinca y el de Nieblas.

Antes de saberse la muerte de Rodrigo y de Diego, Jaime habia llegado del campo de batalla, se encerró en una de las habitaciones y se puso con toda calma á examinar los papeles que encontró en la cartera que habia sustraido del ensangrentado cuerpo de Leon.

Entre los documentos que allí encontró estaba la partida de casamiento con Tula, habia además cartas de ésta, en que le hablaba de ella y de su hermana, haciéndole saber que ambas estaban en cinta, y que les era ya imposible ocultar su estado debiendo cuanto antes desaparecer de la casa paterna.

Con estos papeles en la mano el infame Jaime subió á buscar al marqués del Cinca, su furor era inmenso y su pri-

mer impulso fué declarar al anciano todo su descubrimiento; pero temió su cólera, pensó que era capaz de matar á sus hijas por vengar lo que él llamaria su deshonra y cambiando súbitamente de parecer guardó los papeles en la cartera y se dirijió tranquilo hácia el marqués que acudia á su llamamiento.

—El campo es nuestro, marqués; le dijo; hemos triunfado; pero es posible que el mismo Espartero venga con sus tropas á vengar esta derrota y no debemos dejar espuestas á las señoras. Es necesario que salgan de España como lo teníamos ya proyectado.

—Ese ha sido mi afan; pero no he podido conseguirlo; se me resisten mis hijas.

—Deme usted plenos poderes y yo las convenceré.

—Los tienes, hijo mio; Tula ha de ser tu esposa, llévatela, pues, á Francia con su hermana y su madre; yo seguiré á Don Cárlos.

—Convenidos; voy á verlas inmediatamente, mandaré preparar un carruage y antes de dos horas estarémos caminando hácia la frontera.

Salió del palacio episcopal, poco antes de la refriega en que perecieron Diego y Rodrigo, de manera que no supo este acontecimiento hasta mucho tiempo despues de sucedido.

Entró en su casa, se encerró en su despacho y estuvo escribiendo una carta que colocó despues en la cartera de Leon, mandó preparar un carruage de camino, y colocando en él sus efectos mas indispensables se dirigió á casa del marqués del Cinca; en el tránsito encontró el cadáver de Diego que llevaban á su casa, y que reconoció enseguida.

Las señoras atribuladas y llenas de angustia se habian retirado á la capilla en el cuarto de Isabel donde rogaban á Dios por las almas de los infelices que sucumbian en aquella horrible matanza.

Jaime se hizo anunciar pidiendo á Tula una entrevista que la jóven se apresuró á negarle.

Volvió á insistir enviándola por medio de un criado dos líneas escritas con lápiz en que la decia que necesitaba entregarla en su mano una carta del capitan Leon.

A la invocacion de este nombre mágico la contristada jóven le mandó subir á su cuarto, y dejando á su madre y á su hermana anegadas en llanto se dirigió á saber noticias del hombre que ocupaba por entero su pensamiento.

Jaime vestido de camino, se habia sentado en un divan y se levantó al ver entrar á la jóven, que pálida y moribunda le dirigió una mirada de profunda ansiedad.

BIBLIOTECA REGIONAL JOAQUIN LEGUINA Comunidad de Madrid